

Indicios de revisión en la Segunda Parte del *Quijote*

GONZALO PONTÓN*

Resumen

El presente artículo aporta pruebas a favor de la hipótesis de que Cervantes, una vez concluida la Segunda parte del *Quijote* (o al final del proceso de redacción), revisó parcialmente el original para introducir retoques y adiciones de cierto calado. A partir del estudio de una serie de incongruencias narrativas que no parecen achacables al mero descuido, se ponen de manifiesto las huellas de un proceso de reelaboración que afecta por lo menos a cuatro secciones de la novela. La mayor parte de indicios apuntan a que la revisión estuvo casi siempre ligada al desafío que supuso la continuación de Avellaneda, y a que esos cambios fueron acciones de última hora para impugnar al continuador apócrifo.

Palabras Clave: Segunda parte del *Quijote*; revisión; reescritura; crítica textual; Avellaneda; Barataria; Ana Félix; Álvaro Tarfe.

Title: Signs of revision in *Don Quixote*, Part II

Abstract

This article provides new evidences in favour of the hypothesis that Cervantes, after finishing *Don Quixote*, Part II, partially revised the original, introducing some significant changes and additions, mainly in the last chapters. The analysis of some narrative inconsistencies, that cannot be interpreted as mere mistakes but as significant textual traces, reveals a process of re-elaboration –a process that affects at least four sections of the novel. Most of the evidence gathered here suggests that this revision is closely linked to Avellaneda's continuation, in the sense that Cervantes tried to challenge the apocriphal *Quixote* making last-time interventions in his own text.

Key Words: *Don Quixote* Part II; revision; rewriting; textual studies; Avellaneda; Barataria; Ana Félix; Álvaro Tarfe.

* Universidad Autónoma de Barcelona. gonzalo.ponton@uab.cat

Poco después de iniciado el segundo libro del *Persiles*, cuando tiene lugar la tempestad que da al traste con el barco en que viajan Auristela y sus compañeros, nos encontramos con el siguiente comentario del narrador: «Parece que el volcar de la nave volcó, o por mejor decir, turbó el juicio del autor de esta historia, porque a este segundo capítulo le dio cuatro o cinco principios, casi como dudando qué fin en él tomaría» (ed. Romero, II, 2, p. 282). La situación descrita es el reverso de aquella otra tan célebre del prólogo al primer *Quijote*, atribuida también a un autor que se sitúa en la frontera entre lo real y lo ficticio: «Muchas veces tomé la pluma para escribille, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría» (p. 11)¹. Ambos dudan, el que reescribe y el que se paraliza, y uno y otro rasgo dibujan el perfil de un escritor –un personaje cervantino– a quien no son ajenos los bloqueos, los arrepentimientos, las correcciones ni las páginas desechadas.

Resulta tentador el fantasear con la idea de que estas imágenes son en alguna medida reflejo verídico de la persona que las concibió. Por lo que sabemos, el escritor Miguel de Cervantes tuvo bastante en común con ese «autor» e «historiador» entrevisto en el *Persiles*. Las dos redacciones conocidas de *El celoso extremeño* y *Rinconete y Cortadillo* revelan a un creador que revisa sus relatos en profundidad y vuelve sobre ellos para suprimir, añadir o desplazar pasajes, alterar desenlaces, cambiar nombres y retocar situaciones y frases². Asimismo, hay consenso entre los estudiosos del teatro cervantino a la hora de admitir que algunas de las piezas que publicó al final de su vida refunden obras compuestas muchos años antes, cuando los corrales aún no le eran esquivos³. En fin, que el núcleo primitivo del *Quijote* fue un relato breve sometido luego a desarrollo y amplificación se nos antoja hoy tan poco dudoso como el origen independiente y previo de algunas de las historias engastadas en la Primera parte⁴, o como los movimientos estructurales y los añadidos de última hora que coronaron la redacción de la novela, según mostró Geoffrey Stagg en un estudio clásico⁵.

El aspecto más sobresaliente de la investigación de Stagg fue su agudeza para reconocer en una serie de incongruencias narrativas de muy distinta

1. Las citas del *Quijote* se dan por la edición del Instituto Cervantes para la Biblioteca Clásica de la RAE.

2. Véase la edición de las *Novelas* a cargo de García López (en especial pp. xcix-cii, 798-802 y 898-904), así como las variantes que traen a colación y estudian Criado de Val (1951-1952) y Stagg (1984).

3. El caso que se tiene por más seguro es el de *El laberinto de amor*, y en menor medida los de *La casa de los celos* y *La gran sultana*; véase Canavaggio (1977: 110-115, 103-110 y 58-64) y, ahora, los estudios a la reciente edición de las *Comedias y tragedias* coordinada por Gómez Canseco. Para la reiterada elaboración de una serie de motivos y temas en la obra de Cervantes téngase en cuenta Rey Hazas (1999), que presta especial atención al teatro.

4. Para el llamado *Ur-Quijote* y la fecha de redacción de la historia del Capitán cautivo, véanse respectivamente Koppen (1990) y Murillo (1981).

5. Stagg (1959). Y véase ahora Rico (2005: 111-136; 2012: 69-100), que ha situado la cuestión en el marco de la bibliografía textual.

índole algo más que simples descuidos de autor. Un epígrafe equivocado, el empleo de las mismas palabras para situaciones análogas ubicadas a varios capítulos de distancia, la presencia de unos referentes topográficos extraños al contexto que los rodea, el hecho de que un grupo de personas cene por dos veces en una misma noche se le revelaron como suturas del proceso compositivo, que traslucían, así, una dinámica interna de creación. Además, pudo relacionar esa dinámica con las cuestiones narrativas que preocupaban a Cervantes a medida que escribía la novela y, sobre todo, a medida que la releía y revisaba: cuestiones como la validez y relieve de la historia principal, la tensión entre esta y las narraciones autónomas o las distintas maneras de conseguir la variedad en la unidad.

El asunto, capital para comprender en su hacerse el *Quijote* de 1605, apenas ha sido abordado en el *Quijote* de 1615⁶. Ello se explica sobre todo porque la Segunda parte es una novela más unitaria, escrita con un trazo más continuo y firme que su predecesora, a la que reescribe y corrige, y donde en consecuencia hay menos lugar para las vacilaciones. A pesar de este hecho, que es cierto, podremos comprobar que no faltan indicios de revisión, y, lo que es más importante, que las huellas que han dejado los cambios guardan un notable parecido con algunas de las que se han detectado en la Primera parte. El aire de familia no debería sorprendernos: hay errores o deslices que son tan constitutivos de un autor, tan propios, que podrían considerarse marcas de estilo, sobre todo cuando obedecen a una misma situación o necesidad.

CABOS SUELTOS Y SUTURAS

No pretendo ofrecer aquí un catálogo completo de las incoherencias narrativas del *Ingenioso caballero*. Lo que me interesa, siguiendo la senda abierta por Stagg, es concentrarme en la relevancia textual de unas pocas de esas incoherencias. La mayoría obedece a lo que se suele calificar genéricamente como «descuidos» cervantinos, a sabiendas de que tales defectos lo son sobre todo para los ojos modernos, porque para el autor la impecable correspondencia en los detalles nimios no era cuestión que se le planteara con particular urgencia⁷. Su concepción del acto de narrar y su percepción de la obra que estaba escribiendo eran muy distintas de las que solicitamos a un narrador moderno y estaban, en muchos aspectos, cerca de los vericuetos y la relativa

6. Con todo, ténganse en cuenta las breves pero certeras consideraciones de Bleuca (2010: LXXXIV-XCII).

7. Para una animada lista de incongruencias en la novela véase Martín Morán (2009: 193 y 213). Los precedentes más ilustres se dan en los comentarios de Clemencín a su edición del *Quijote* (1833-1839) y en las agudas pero también a menudo pintorescas indicaciones de Hartzzenbusch en sus notas a la obra (1863). Unos y otras se recogen en la edición de Gaos (1987), por regla general para refutarlos desde la convicción de que los errores cervantinos no son nunca yerros, sino un “procedimiento” (t. III, p. 200, n.).

inestabilidad de un relato oral o una conversación, como ha recalcado la crítica del último cuarto de siglo⁸.

De lo que se trata, pues, es de aislar aquellos casos que, de forma poco cuestionable –con certezas absolutas me temo que no daremos–, delatan suturas textuales de cierta magnitud y significación. Un par de ejemplos, de entre varios posibles, pueden ayudarnos a enfrentar la cuestión. En el capítulo 26, tras la destrucción del retablo de Melisendra, maese Pedro obtiene de don Quijote, junto con los pagos por el destrozo ocasionado, «dos reales por el trabajo de tomar el mono» (p. 933), que se había escapado con el alboroto («huyose el mono por los tejados de la venta», p. 929). Al final del capítulo, cuando el titiritero abandona la venta, tiene al mono nuevamente consigo, sin que se nos haya referido el momento de su recuperación («cogiendo las reliquias de su retablo, y a su mono, se fue también a buscar sus aventuras», p. 933). Es un desajuste, qué duda cabe, pero resulta vano atribuirle la más mínima relevancia estructural. De hecho, podría defenderse incluso que no hay incongruencia alguna, puesto que entre la petición del dinero y la salida de la venta, Cervantes ha puesto en boca de Ginés de Pasamonte la siguiente réplica: «imagino que el cariño y la hambre le han de forzar [al mono] a que me busque esta noche» (p. 933). La explicación precede al acontecimiento, y en la voluntad de aclarar los hechos está contenida, en cierto modo, su misma narración.

Si de las incoherencias pasamos a las contradicciones, podemos fijarnos en el capítulo 51, uno de los dedicados a la ínsula Barataria, que se remata con la apostilla de que Sancho «ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran *Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*» (p. 1151). Pero más adelante, abandonada ya la ínsula, cuando el bueno de Sancho se persone ante los Duques y rinda cuentas de su gobierno, dirá que «aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habían de guardar» (II, 55, 1182). Podríamos admitir, si quisiésemos defender a toda costa la lógica del relato, que Sancho no sabe que se han guardado esas sentencias, conocimiento que corresponde al narrador, no al personaje. Pero sería probablemente introducir una perspectiva propia de las teorías contemporáneas de la ficción literaria, que poco o nada contaría para el autor del *Quijote*. Mejor será que nos contentemos con pensar que Cervantes, enfrascado en la redacción de dos bloques narrativos paralelos y simultáneos (ora don Quijote, ora Sancho), olvida la afirmación que ha realizado cuatro capítulos más arriba. Habrá quizá quien juzgue que la contradicción es excesiva, y presumirá entonces que estamos ante una anomalía que pide mejor explicación. Si así fuera –y es lo que diferencia este ejemplo del del mono–,

8. El que ha estudiado la cuestión más a fondo ha sido Martín Morán (1990 y 2009), quien se ha referido a la “inestabilidad del texto” cervantino (2009: 209-212). La idea puede ser válida siempre que no se recurra a ella para considerar equivalentes cualesquiera incoherencias registradas a nivel textual. Algunas, por paradójico que parezca, son intentos de estabilizar el texto final. El fragmentarismo consustancial al modo de escribir de Cervantes tolera bien la revisión y los cambios, fenómenos que solo podemos verificar si han dejado huellas, y estas únicamente pueden consistir en anomalías textuales.

habría que postular necesariamente dos fases distintas de redacción, porque las afirmaciones no son compatibles: o hay o no hay unas constituciones del gobernador; o Cervantes se acuerda de ello o no se acuerda. Pero a partir de este dato aislado, en principio, no hay base suficiente para levantar hipótesis explicativa alguna: habría que sacar a plaza otros indicios⁹.

En las páginas que siguen aduciremos un puñado de ejemplos, la mayoría apenas atendidos –y en todo caso nunca considerados como un solo fenómeno–, que obedecen con alta probabilidad a procesos de revisión de la novela por parte de Cervantes. A partir de ellos será posible alcanzar algunas conclusiones razonablemente seguras sobre la andadura de la Segunda parte y los fenómenos que pudieron influir en su composición.

DESAJUSTES EN BARATARIA (II, 45, 49 Y 51)

Podemos empezar sin movernos de los capítulos dedicados al gobierno de la ínsula. Apenas llegado a su destino como gobernador, el mayordomo hace saber a Sancho que «el que viene a tomar posesión desta famosa ínsula está obligado a responder a una pregunta que se le hiciere que sea *algo intrincada y dificultosa*, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador» (II, 45, p. 1083). Pero esa pregunta, contra lo esperable, no se formula entonces (Sancho empieza a juzgar una serie de casos) y parece que debemos identificarla con la aporía del puente de la horca, bastantes capítulos más adelante, en el 51 («Lo primero que se le ofreció fue una pregunta que un forastero le hizo [...] Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío, y esté vuestra merced atento, porque el caso es de importancia y *algo dificultoso*...», p. 1142), que Sancho resuelve con el buen criterio de conceder al reo el beneficio de la duda. Volviendo al capítulo 45, los tres casos sucesivos a los que Sancho debe enfrentarse presentan una clamorosa anomalía en su ilación: tras el primero, el pleito del labrador y el sastre sobre las caperuzas, leemos que «si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió a admiración a los circunstantes, esta les provocó a risa» (p. 1085). Pero esa sentencia a la que se refiere el narrador aún no se ha producido, porque es la tercera de la serie, la que la cierra unas páginas más después.

Lo sucedido admite varias interpretaciones. La más verosímil es que Cervantes haya revisado la sección después de escrita, llevándose la pregunta «intrincada y dificultosa» hacia otra porción de las aventuras de Sancho en la ínsula y –a consecuencia de ello o en otro momento– cambiando de posición el primero de los tres pleitos, el del ganadero y la mujer, para colocarlo en última posición. ¿Por qué motivo? Quizá para generar una progresión más adecuada: primero,

9. En este sentido, téngase en cuenta, a su debido momento, lo que se arguye más abajo, en la nota 13.

un caso inocuo y que suscita la risa; luego, una muestra de notable perspicacia con la cañaheja llena de escudos de oro, lo que provoca la admiración de los circunstantes, que tienen a Sancho por «un nuevo Salomón» (aunque el cronista de los hechos «no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto o por discreto», p. 1087); finalmente, la confirmación del agudo juicio del nuevo gobernador al conseguir que sea el propio sospechoso –aquí, sospechosa– quien se ponga en evidencia. Nótese que la segunda historieta es la que lleva la coda más extensa y completa, una especie de comentario general sobre la perplejidad y admiración que suscita el ingenio de Sancho, en lo que podría considerar un indicio de la primitiva posición de ese episodio al final de la serie. A la que acabó siendo la última y antes fue la primera le sigue una breve conclusión, que parece redactada de un plumazo. Los retoques habrían sido, pues, decididos y rápidos, con pocos y no muy precisos pespuntes, y evidentes marcas textuales¹⁰.

Estas son las trazas de revisión más conspicuas –y más atendidas– en los episodios de la insula. Pero no son las únicas. En el capítulo 49, y tras haber-nos llevado al palacio de los Duques a conocer la historia de la dueña doña Rodríguez, la narración nos devuelve a Sancho, a quien encontramos en una sala del palacio del gobernador, «enojado y mohíno» (p. 1117) después de la burla del patán socarrón de Miguel Turra, y además condenado al ayuno por dictamen del doctor Pedro Recio de Agüero. La acción, que prosigue exactamente donde se interrumpió en el capítulo 47, se reanuda con la petición de Sancho de que se le dé de comer según su gusto. El doctor Recio accede esta vez: «prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates» (p. 1118). Cuando llega la hora de la cena, que espera con ansia, el nuevo gobernador se ve finalmente recompensado con vaca encebollada y manos de ternera, y el narrador subraya que Sancho «entregose en todo, con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán». A ello sigue una extensa intervención del gobernador, con apuntes del maestresala y el mayordomo, conversación que transcurre «entre la cena», según se declara. Tras este pasaje, sorprendentemente, se dice que «llegó la noche y cenó el gobernador, con licencia del señor doctor Recio» (p. 1120), expresión que ni con la mejor de las voluntades puede aceptarse como resumen de lo ocurrido¹¹. La distancia entre una y otra referencia es lo suficientemente próxima

10. Para la explicación de cómo podría haberse producido materialmente la interpolación véanse Flores (1990) y en especial Rico (2005: 136-139). La hipótesis del segundo es mucho más plausible que la del primero, aunque ambos coinciden en pensar que Cervantes no habría dejado nunca una frase errónea como la de “la sentencia pasada de la bolsa del ganadero”, y que, en consecuencia, el orden impreso de la secuencia no es el que el autor pretendía, sino resultado de un error en el proceso que media entre el original y la imprenta (para Flores, por trasapelarse los cuadernillos manuscritos cervantinos; para Rico, por la interpolación tardía, por parte de Cervantes, de la historia de la caña y los escudos entre las otras dos, con indicaciones no suficientemente precisas sobre su ubicación). No veo problema en aceptar que el orden de los juicios de Sancho refleja la voluntad final de Cervantes, con un retoque autorial realizado sin reparar demasiado en detalles.

11. Señalaron la anomalía Clemencín, Hartzenbusch y Rodríguez Marín (*Quijote*, ed. Gaos, t. II, p. 678, n. 75).

—están en recto y vuelto del mismo folio de la *princeps*— para descartar que, en un proceso de escritura lineal, Cervantes pueda haber olvidado qué estaba haciendo Sancho, sobre todo porque las réplicas entre los personajes tienen que ver precisamente con el comer. No hay despiste ni «inestabilidad textual» de semejante calado. Esta segunda y escueta referencia a la cena podría ser un resto indeseado o no advertido, y no cancelado, de una redacción previa, que Cervantes ha amplificado con el añadido del pasaje que la precede, que incluye las características de la comida y la conversación de sobremesa entre el gobernador, el maestresala, el mayordomo y el doctor previa a la ronda de noche, con el fin de ofrecer una muestra más del creciente desenvolvimiento de Sancho (y acaso con algún otro fin, como veremos más adelante).

Así las cosas, podemos ver que en una secuencia extensa y sincopada como la de Barataria, articulada como sarta de episodios breves, basados a menudo en material folclórico o sapiencial¹², Cervantes lleva a cabo algún pequeño retoque, consistente en permutaciones de unidades, en busca de un efecto más acorde a sus intenciones, o bien amplifica un determinado pasaje mediante el recurso a la escena o el diálogo. Los dos tipos de intervención demuestran su interés por el matiz, en nada incompatible con la desatención al engarce literal de los pasajes, de los que quedan prendidas incongruencias a causa de los cambios. Si tuviésemos que juzgar a partir de estos casos —y los ejemplos que añadiremos en lo sucesivo no harán sino incrementar esta impresión—, concluiríamos que Cervantes compone la Segunda parte del *Quijote* con razonable seguridad, y cuando vuelve atrás y retoca produce, casi inevitablemente, desajustes perceptibles¹³. ¿Señal de las prisas que siempre lo acompañaron? Pudiera ser, pero es posible que esta fuese la forma cervantina de proceder, tanto si iba al paso como al trote.

DE ZARAGOZA A BARCELONA (II, 58-59)

Los indicios de reajuste más relevantes de toda la Segunda parte se encuentran, a mi juicio, en los capítulos 58 y 59, cuya importancia en la trama de la novela no es necesario recalcar. En ellos se produce, entre otras inconsecuencias, la anómala reiteración de una comida: los protagonistas almuerzan

12. Sobre el particular véanse, entre muchos posibles, Chevalier (1989) y Botello (2010).

13. Reparemos ahora en que la incongruencia sobre las constituciones del gobernador Sancho se encuentra en el mismo capítulo 51 al que se traslada el episodio del puente y la horca, es decir en un pasaje alterado. Quizá ello pueda explicar la contradicción con el capítulo 55, y se deba a que, al introducir cambios en II, 51 —un capítulo de aluvión, entreverado de cartas—, Cervantes retocó el final e introdujo la mención de los logros del gobernador, olvidando que antes —pero más adelante en el texto— había explicado que Sancho no dejó ordenanza alguna. Es, desde luego, un cúmulo de hipótesis de imposible verificación. Lo que muestra este caso es que la combinación de elementos cualitativos (inconsecuencias relevantes) y cuantitativos (un contexto con otros escollos similares) aumenta las posibilidades de que nos hallemos ante indicios relevantes.

dos veces en el mismo día. Después de dejar atrás el castillo de los Duques, y tras haber andado «poco más de una legua», don Quijote y Sancho se encuentran con el grupo de labradores que transporta las «imágenes de relieve y entalladura» (p. 1196) de santos y caballeros, cuyo sentido el hidalgo explicará a su escudero. El episodio ocurre hacia el mediodía, mientras los labradores comen, como el narrador se cuida de subrayar reiteradamente¹⁴. Tras este encuentro, los protagonistas siguen su camino y algo más tarde se topan con los pastores de la Arcadía fingida, quienes los agasajan con una generosa comida: «Acudieron a las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron a don Quijote dándole el primer lugar en ellas; mirábanle todos y admirábanse de verle» (p. 1205). La comida, o lo que pasa durante esta, no se narra, pero queda claro que se ha producido: una vez «alzados los manteles», don Quijote pronuncia un breve discurso de agradecimiento; luego «se levantó de la silla» (p. 1206), monta a Rocinante y se pone «en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba» (p. 1207), para sustentar contra quien fuere necesario «que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están son las más hermosas doncellas y más cortesés que hay en el mundo» (p. 1206). El resultado es que caballero, escudero y sus respectivas monturas son atropellados por una manada de toros, tras lo cual, «con más vergüenza que gusto» (p. 1208) y sin despedirse de los pastores fingidos, siguen camino hacia Zaragoza.

Ahí acaba el capítulo 58. El 59 lo sigue sin solución de continuidad temporal, y empieza —o eso cabría pensar— a la hora de la siesta. Pero lo primero que hacen don Quijote y Sancho, después del revolcón de la vacada, es comer: en un paisaje ameno, con fuente y arboleda, «acudió Sancho a la repostería de sus alforjas y dellas sacó lo que él solía llamar condumio» (p. 1209), aunque todavía tardarán un poco en hincar el diente a las viandas, porque don Quijote, «de puro pesaroso», no se ve capaz de probar bocado en ese momento. Sancho logra animarlo, y finalmente el caballero «comió algo, y Sancho mucho, y écharonse a dormir entrambos» (p. 1211) durante un buen rato, porque se despiertan «algo tarde» y prosiguen su camino, para llegar antes del anochecer a una venta «que al parecer una legua de allí se descubría» (p. 1211). No es admisible que este condumio sea una especie de merienda reparadora tras la desafortunada aventura, entre otras cosas porque no hay nada parecido en ningún otro lugar del *Quijote*: la escena está descrita con suficiente claridad y pormenor, la comida es tan abundante como puede proveerla el repuesto del escudero (se habla de «los manjares que delante tenía» Sancho, p. 1209) y el marco de la secuencia es análogo a otras en las que los personajes efectivamente almuerzan. Por si fueran necesarias más pruebas, añadamos que don Quijote, durante esa segunda comida, sitúa el episodio del pisoteo como acaecido «esta mañana» (p. 1209), y por lo tanto antes de comer, pero

14. “estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores”; “Llegó don Quijote a los que comían”; “Y, levantándose, dejó de comer”; “Acabaron de comer...” (pp. 1196 y 1198).

lo que vemos es que sigue a las mesas puestas de la fingida Arcadia. Parece que el narrador ha perdido o enredado el hilo temporal entre el episodio de los falsos pastores y el de los toros, por más que se nos ofrezcan de forma sucesiva y bien engranada.

Que el pasaje tiene sus problemas ya lo vio Diego Clemencín, quien apuntó que «esto de la comida [...] no está bien ordenado»¹⁵. Juan Eugenio Hartzenbusch notó la incongruencia y –muy en su estilo y con tanto ingenio como exceso de arrojo– intentó resolver el escollo mediante una enmienda textual que alargaba el paso honroso de don Quijote a dos días, de modo que cada comida quedaba situada en una jornada distinta¹⁶. En fechas mucho más próximas, José María Casasayas, al exponer la secuencia cronológica de toda la obra, entiende –contra la letra del texto– que la comida del capítulo 59 es una cena, la larga siesta el sueño nocturno y que caballero y escudero llegan a la venta al día siguiente de la aventura de los toros¹⁷. Más allá de la bizantina cuestión de si sobra una comida o falta una noche, lo que estas aportaciones constatan es una anomalía estructural: es harto difícil que un narrador que siga un proceso lineal de escritura, sujeto a un plan determinado, pueda olvidar en tan escasos renglones que ha sentado a comer a sus personajes.

Ante un caso como este, el estudioso familiarizado con la composición del *Quijote* habrá de recordar –si no lo ha hecho ya con el ejemplo de II, 49– las dos cenas sucesivas, sin día interpuesto, que tienen lugar en la venta de Palomeque mientras se abren y cierran tantas tramas como allí se despliegan (I, 37 y 42). Como señaló Stagg y ha reconocido la crítica posterior¹⁸, la larga noche que da pie a que se cene dos veces es una huella de la revisión y retoques de notable calado a que Cervantes sometió esa porción de la novela, sin que pueda precisarse milimétricamente cuál fue el proceso de desgajamiento y adjunción¹⁹. Si apuramos parecidos, también pueden traerse a colación aquí las dos escenas de comida campestre que abren y cierran en la Primera parte el episodio de Grisóstomo y Marcela: «Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía» (I, 10, p. 130); «dieron saco a las alforjas y, sin cerimonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron» (I, 15, p. 173), en

15. *Quijote*, ed. Clemencín, t. 6, p. 188. Don Diego señala con estupor: “Pues ¿qué comida es esta que aquí se describe? Ni puede llamarse merienda, pues luego se siguió la siesta, que según se expresa fue larga”.

16. Hartzenbusch (1863: n. 1489) señala el “mucho desorden” que reina en el capítulo y concluye con un pasaje que no tiene desperdicio: “quizá nazcan los defectos que por aquí advertimos, de que llegando Cervantes a este punto de su obra, vino a sus manos el libro en que, sobre usurparle su pensamiento, se le injuriaba y se le quería robar la utilidad de su manuscrito; y el pobre viejo, de sesenta y siete años ya, se alteró, se conmovió, se trastornó en términos de no poder aplicar a lo que escribía la atención necesaria”. Don Juan Eugenio mira en la dirección correcta, pero no acaba de ver lo que pasa.

17. Casasayas (1998: 967).

18. Stagg (1959), Flores (1979a), Martín Morán (1990), entre otros.

19. Véase el resumen de Pontón (2015: 1524).

cuya similitud se ha visto el gesto característico con que Cervantes anuda a una sección de su novela un episodio que en una fase de redacción anterior se hallaba en otra posición²⁰. Si bien estas coincidencias no confirman nada por sí mismas, invitan a sospechar que en los capítulos 58 y 59 el terreno es menos estable de lo que parece.

Hay, pues, razones para especular. Repasemos entonces el pasaje que nos ocupa con espíritu inquisidor, a la caza de otros indicios de interés. De entrada, y habida cuenta del antecedente que supone el muy extenso capítulo 25 de la Primera parte (cuya forma final, como una vez más probó Stagg, es el resultado de recortes, traslados y zurcidos), no deberíamos pasar por alto el hecho de que II, 58 sea uno de los capítulos más largos de 1615 y contenga un elevado número de secuencias relativamente independientes: el episodio de las imágenes, una prolongada conversación entre don Quijote y Sancho, la fingida Arcadia, el tropel de toros. Fijémonos también en el epígrafe: «Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas a otras». La falta de concreción salta a la vista, y si ese título se compuso, como es lo más probable, después de redactado el capítulo –algo diremos al respecto más abajo–, suena a solución de compromiso ante una sección compleja que el escritor no recordara bien, acaso por haberla sometido a cambios. Reparemos también, aun a riesgo de parecer hipercríticos, en que el diálogo que sigue al episodio de las imágenes no es de los más congruentes de la novela: a la valoración de Sancho sobre el poco peligro que ha supuesto esa aventura responde don Quijote, en aparente ilación –«Tú dices bien, Sancho» (p. 1119)–, con una diatriba contra los agüeros que no parece venir a cuento. Tras ello, el escudero, algo bruscamente, «mudó [...] plática» (p. 1200) para preguntar por Altisidora, en lo que parece un intento de traer ahora a la memoria del lector el final de la serie de los Duques y su revoltosa doncella. A ello siguen el ya mencionado encuentro con los pastores de la Arcadia fingida y la manada de toros, con sus dos comidas sucesivas.

Si, cruzado el umbral del capítulo 59, nos llegamos hasta la venta donde van a descansar nuestros protagonistas, nos damos de bruces con otro elemento sospechoso que también se relaciona con asuntos del comer. A propósito de la venta, que se encuentra en el camino de Zaragoza, el narrador recalca –en lo que parece un guiño algo extemporáneo a la Primera parte– que «don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar a todas las ventas castillos» (p. 1211) e insiste un poco más abajo en el alivio de Sancho al advertir que su señor percibe las cosas de forma correcta. Fijémonos con atención en las líneas que siguen. Dice el relato: «Llegose la hora del cenar, recogieron a su estancia» (p. 1211), y Sancho se enzarza con el huésped en una divertida conversación sobre lo que se puede o no cenar en aquella venta, donde aparentemente se ofrece de todo y apenas si hay algo que comer. Tras esa plática, cuyo valor autónomo es evidente, el narrador, para nuestra sorpresa, apunta lo que

20. Pontón (2015: 1518-1520).

sigue: «Llegose, pues, la hora del cenar, recogiose a su estancia don Quijote» (p. 1213). La misma cláusula, casi a la letra, a solo un folio de distancia. Tal como ocurriría más arriba con las dos comidas que tienen lugar a distancia de unas pocas horas, y antes con las dos cenas del gobernador Sancho, resulta muy difícil que un narrador que escriba esta sección de forma seguida pueda repetir no ya el acontecimiento sino la expresión en tan breve lapso textual. ¿No se habían recogido ya los dos personajes para cenar? ¿Desde dónde se recogen la segunda vez, y por qué entonces se menciona únicamente al caballero? El pasaje, en efecto, es anómalo, sobre todo porque la conversación entre Sancho y el ventero parece haber tenido lugar entre ellos dos solos, en ausencia de don Quijote, a pesar del primer «recogieronse», que incluiría a amo y criado. Si leemos desde un par de líneas antes de esa llamada inicial a la cena, comprobaremos que el hidalgo «estaba sentado sobre un poyo» (p. 1211) en el exterior de la venta, mientras Sancho se ocupaba de las bestias. El segundo *llegose*, que en nuestra lectura lineal resulta reiterativo e innecesario, es sin embargo el que encadena adecuadamente las acciones: Sancho y el ventero deciden la cena; llega la hora de tomarla; don Quijote, que estaba fuera al fresco, se recoge a su estancia; traen la olla²¹. El primer *llegose* –para ser exactos, el *recogieronse*, en plural– resulta menos acorde ahí y encaja peor con los hechos que se describen, como si Cervantes lo hubiese introducido en una fase posterior, debilitado ya su recuerdo de los detalles del pasaje. ¿Por qué lo habría hecho?

Preguntémonos qué hay entre una y otra indicación: la escena de las uñas de vaca y las manos de ternera, cuyo sabor folclórico y carácter autónomo la hacen susceptible de ser llevada y traída o ubicada a voluntad, como las secuencias de los juicios de Sancho en Barataria. Y justo después de estas anomalías, inmediatamente después, sucede un hecho crucial: la irrupción del libro de Avellaneda en la novela cervantina. Las coincidencias parecen demasiadas para cargarlas en la cuenta del azar, sobre todo si podemos sumar a nuestra hipótesis la autoridad de Edward Riley, para quien el episodio de las uñas de vaca es una pulla contra el apócrifo²². Con todas estas señales estamos en condiciones de aventurar una explicación: posiblemente Cervantes ha incorporado la historieta satírica a un pasaje ya escrito, en un intento de

21. Así lo entiende Clemencín (*Quijote*, t. 6, p. 196), que propone suprimir el primer caso. Por su parte, Gaos, de un modo algo confuso, sugiere que “La primera vez, las palabras anticipan la acción; la segunda, la recogen en un salto atrás” (*Quijote*, t. II, p. 825, n. 68b).

22. Riley (1988). Es posibilidad que da por segura Luis Gómez Canseco en su reciente edición del *Quijote* de Avellaneda (pp. 470-471, n. 54.44), donde considera la escena un “envite” que acepta Cervantes. Volviendo al pasaje que nos ocupa, Riley se da perfecta cuenta de que “...don Quixote ... takes no part in the conversation, and indeed seems not even to be present” (p. 427). El ilustre cervantista advierte que la escena, que parece pedir un desarrollo posterior y genera unas expectativas, queda “eclipsed” por la revelación de Avellaneda. Y no descarta la posibilidad de que la ubicación del diálogo entre Sancho y el mesonero responda a un “change of plan”, en cuyo caso “it is not worth further discussion” (p. 427). Todo lo contrario: el cambio de plan tiene que ver con Avellaneda, y este pide –o sugiere con posterioridad– el episodio de las uñas de vaca.

cargar las tintas contra el apócrifo. El repetido «Llegose la hora del cenar» es la huella textual de esa adición: el punto de anclaje, la cicatriz en el texto²³. Las incongruencias empiezan a explicarse y adquieren un relieve mayor de lo que parecía.

Aun a riesgo de orientar momentáneamente la atención hacia otro foco, hay que recuperar ahora –por alusiones, digamos– el pasaje de la cena del gobernador Sancho (II, 49) que habíamos considerado susceptible de ser una interpolación. En él, como se recordará, el plato que se ofrece es «vaca encebollada y manos de ternera». No hay otra ocasión en todo el *Quijote* en que estos dos alimentos vayan de la mano. ¿Mera casualidad? Podría ser, desde luego, pero ¿no responderá el añadido del capítulo 49 a idénticas intenciones que el del capítulo 59? Si fuese así, lo casual ya no sería la comida, sino el que las dos veces Cervantes hubiese dejado huellas muy parecidas. Curioso, pero comprensible si se trata de la misma operación, quién sabe si realizada en un solo impulso corrector. Es arriesgado pronunciarse al respecto. En cualquier caso, la similitud en elementos tan aparentemente nimios, sumada a las costuras que sin duda muestran ambos fragmentos, por lo menos invita a reflexionar.

Volvamos nuevamente a los capítulos 58-59 y retrocedamos un poco, hasta las dos comidas, para preguntarnos si en este caso también puede proponerse una explicación concreta sobre lo ocurrido. Lo ha intentado Carlos Romero siguiendo otra pista, y sostiene que en una fase previa de redacción, el lugar que ahora ocupa el episodio de los toros contendría el de la piara de los cerdos, a quienes cuadra mejor la denominación de «animales inmundos y soeces» que se aplica en II, 59 (p. 1210)²⁴. Cervantes –por razones que Romero no aclara– habría desplazado a la parte final de la novela (a II, 68) la «cerdosa aventura», llevándose de paso la noche en que esta ocurre, y en su lugar habría colocado un lance análogo, el de los toros, precedido de la fingida Arcadia, que no sería sino una refutación de un pasaje de Avellaneda (la reina de las Amazonas, capítulos 23-24 del apócrifo). Creo que tal hipótesis, tan aguda como aventurada, plantea más interrogantes de los que resuelve²⁵. Más sencillo, y creo que más verosímil, sería postular una serie primitiva en la que al

23. La duplicación podría explicarse también por razones ajenas a Cervantes, como un error de copia del amanuense ante un original en el que el autor hubiera interpolado el pasaje con alguna indicación no lo suficientemente clara, que indujera a repetir el pasaje conector. Este tipo de correcciones se introduciría al final del volumen, en páginas reservadas para tal fin, según ha ilustrado Rico (2005: 136-139) con abundantes ejemplos. Añadamos que estas de II, 59 son las dos únicas ocasiones en toda la novela en que se usa la forma con artículo, *del cenar*, frente a la más frecuente y más homogéneamente distribuida *de cenar* (el dato es también de Rico, en el aparato crítico de la edición de la RAE, 1211.20). Aunque las ocurrencias no son suficientes para tener carácter probatorio, y bien podríamos hallarnos ante una peculiaridad de cajista, la coincidencia subraya la singularidad textual.

24. Romero (1998). Véase, en el mismo sentido, un comentario de Clemencín (*Quijote*, t. 6, pp. 193-194).

25. Deja sin aclarar, entre otras cosas, la cuestión de las dos comidas (faltaría la previa a la aventura de los cerdos, que es nocturna, y sobraría por esa misma razón la posterior, después del revolcón) y la referencia a la “mañana” en que don Quijote sitúa, contra la realidad del texto, la aventura del pisoteo, que habría ocurrido, según Romero, por la noche. La hipótesis, cuando menos, tiene el valor

episodio de las imágenes de santos siguiera el de los toros. Los protagonistas, recordémoslo, aún no han comido, y antes de que puedan hacerlo sufrirían el penoso revolcón que sabemos, tras el cual buscarían –sobre todo Sancho– consuelo en los alimentos. En esta hipotética revisión, Cervantes habría añadido la historia de la Arcadia fingida, soldándola (con acierto) a la de la vacada: como prueba de agradecimiento a la hospitalidad de los falsos pastores, don Quijote se coloca en mitad del camino, donde es atropellado. El nexo entre la nueva secuencia y la primitiva sería el detenerse a comer, motivo por el que Cervantes sentía predilección como pausa o entreacto narrativos con que marcar transiciones²⁶. Quizá, al añadir la nueva secuencia, se limitó a releer el fragmento previo, en busca del punto en que interpolarla, y advirtió que los personajes estaban en ayunas, sin reparar en que una página más allá (fuera de su alcance lector, si buscaba solamente añadir y zurcir, y hacerlo con celeridad), concluida la desventura del rebaño, tenía lugar el triste condumio de los protagonistas. La colisión de las dos comidas estaría servida. Si las cosas fueron así, qué tentador resulta pensar entonces que la stampa de los falsos pastores arcádicos, réplicas limitadas e inaceptables de un determinado universo literario, pueda ser otro dardo lanzado contra la falsedad de Avellaneda.

Todo pudiera ser. Pero conviene la cautela: los indicios aportados no permiten explicar qué ocurrió *exactamente* durante la redacción de estas páginas. Sin embargo, lo visto hasta aquí permite afirmar, a partir de esta acumulación de pruebas circunstanciales, que los capítulos 58 y 59 son una parcela del *Quijote* afectada por retoques y adiciones. Ahí ocurrió algo anómalo que no puede achacarse a mero despiste del escritor, y ese «algo» solo puede tener un nombre: el *Segundo tomo* de Alonso Fernández Avellaneda; o, para ser más precisos, la necesidad por parte de Cervantes de encajar la novela apócrifa en su propia continuación y refutarla debidamente.

RICOTE Y ANA FÉLIX NO SE PONEN DE ACUERDO (II, 54, 63 Y 65)

Otro punto en que se acumulan deslices son las dos piezas que componen la historia de Ricote y su familia. De un lado tenemos lo que el morisco cuenta a Sancho Panza en tierras de Aragón, cuando tiene lugar su encuentro fortuito (II, 54); del otro, lo que oímos por boca de su hija Ana Félix en Barcelona (II, 63 y 65). Entre el relato de la joven y el de su padre hay no pocas discrepancias: Ricote manifiesta ante Sancho su voluntad de dirigirse a Valencia (p. 1172), pero nos lo volvemos a encontrar en el puerto de Barcelona (p.

de abundar en el carácter torturado y manoseado del capítulo 58 y de asociar su fisonomía definitiva a la pugna con Avellaneda.

26. En el *Quijote* abundan las ocasiones en que a un episodio de entidad, para llamar la atención sobre él, aislándolo, le precede o sigue una comida: I, 10, p. 130; I, 11, p. 131; I, 15, p. 173; I, 20, p. 226; I, 24, p. 286; II, 54, p. 1168, etc.

1261), traído de los pelos para asistir como espectador al relato de su hija; según afirma el mismo Sancho, Ana Félix y su madre pasaron a Berbería acompañadas de un hermano de la mujer (p. 1173), mientras que la joven dirá que iba con «dos tíos míos que consigo me traían» (p. 1259), sin mención alguna a la madre; el «mancebo mayorazgo rico» que se enamora de Ana y la sigue se llama, según Ricote, Pedro Gregorio (p. 1175), y luego su nombre de pila cambia al de Gaspar; Ricote llama a su hija, por dos veces, Ricota a secas (pp. 1173 y 1175), mientras que en el episodio barcelonés se convierte en Ana Félix²⁷. Además, el lector tiene la impresión de que el morisco no ha explicado el paradero de su tesoro a nadie («pero yo sé, Sancho, que no tocaron a mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algún desmán», p. 1173), y sin embargo su hija Ana sostiene que es la única depositaria del secreto. Hilando muy fino, podemos señalar incluso que en la primera aparición de Ricote no se dan detalles sobre su edad y nos parece un hombre maduro, algo mayor que Sancho, mientras que en Barcelona es calificado de «anciano peregrino» (p. 1261), lo que casa mejor con el carácter patético de la escena del reconocimiento y reencuentro entre padre e hija, con su *coup d'effet* teatral.

Por más profesión de fe que hagamos en los proverbiales despistes cervantinos, lo que estos desajustes proclaman es el carácter pegadizo de las dos mitades de la historia. Y esta circunstancia resulta inteligible a la luz de Avellaneda: en el plan primitivo de la Segunda parte, las desventuras de Ricote empezaban y acabarían en el encuentro con Sancho, pero el cambio de rumbo de Zaragoza a Barcelona motivado por la lectura del apócrifo, que obligó a Cervantes a idear nuevas historias para el último tramo de su novela, le hizo prolongar el episodio del morisco con la aventura de Ana Félix, en una conexión de piezas no muy parejas. Ebro arriba, lejos de las playas del Mediterráneo, semejante hilván no habría sido posible²⁸.

Considerado desde esta perspectiva se entiende mejor otro rasgo peculiar de la aventura de Ana Félix: es quizá la única ocasión en todo el *Quijote* en que Cervantes nos escamotea los pormenores del desenlace de una historia. El narrador suspende momentáneamente la narración al final de II, 63, cuando menciona un plan, a cargo del renegado que ha acompañado a Ana Félix en su travesía hacia España, para rescatar a Gaspar Gregorio, que queda en Berbería en una situación hartamente comprometida, disfrazado de mujer. Ese plan no se expone, sino que solamente se dice que el renegado «sabía dónde, cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba» (p. 1262). Dos capítulos más adelante, tras la

27. Estas incongruencias no escaparon al escrutinio de Hartzenbusch (son sus notas 1455, 1458, 1460, 1463), aunque desde luego no pidan las enmiendas textuales que él conjetura.

28. Aunque no se adentra por la vía que se propone aquí, Martín Morán (2009: 203) considera que la historia de Ana Félix constituye un “cierre narrativo innecesario [...] si la vemos como la continuación de la historia de Ricote” (p. 203), lo que no dista demasiado de aceptar implícitamente su autonomía. Véase también un afinado apunte de Blecua (2010: XCII).

derrota de don Quijote a manos del caballero de la Blanca Luna, sabremos únicamente que el rescate ha tenido feliz conclusión: «Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar a don Gregorio; contó don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mujeres con quien había quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discreción se adelantaba a sus años» (II, 65, p. 1272). Y eso es todo: se nos hurta la parte más sabrosa de la historia. Nunca sabremos el medio y la industria empleados para devolver a don Gaspar Gregorio a tierras cristianas. A esas alturas de la novela, obligado por Avellaneda a tomar otros derroteros, a Cervantes no le sobrarían ni el tiempo ni las fuerzas, y no le interesaría explayarse en esa trama más de lo imprescindible. El mismo relato de las aventuras de Ana Félix es bastante breve, de apenas cuatro páginas (¿el equivalente a una jornada de escritura?), y resulta más bien el esbozo de la estupenda historia que Cervantes podría haber desarrollado si hubiese tenido menos urgencias... y si no se hallara en el *Ingenioso caballero*. No perdamos de vista que escoge un motivo que había cultivado anteriormente: la situación de Gaspar es análoga a la que sufre Lamberto en su comedia *La gran sultana*, disfrazado de Celinda²⁹. Una resolución de orden teatral, rápida y efectiva, es probablemente la que Cervantes tenía en la cabeza. En cierta medida esperaba que sus lectores la dieran por buena, aun sin referirla, y que la completaran por ellos mismos.

Los distintos elementos de la poco compenetrada historia de Ricote, su hija y su galán proporcionan información de interés a nuestros propósitos. Como ya nos había parecido en los casos precedentes, vemos aquí que Cervantes no repasa con detenimiento lo que escribe cuando se ve en la necesidad de retomarlo y adicionarlo³⁰. Su preocupación primordial no es el perfecto encaje de los detalles (reconozcamos, además, que el lector del *Quijote*, por puntilloso que sea, no detecta en una primera lectura la mayoría de inconsecuencias señaladas aquí), sino la posibilidad de establecer vínculos entre secciones de la novela, para diluir en la medida de lo posible el carácter postizo, sobrevenido, de los episodios barceloneses. Dicho de otra forma, Ricote no era un personaje de ida y vuelta, como lo son Altisidora o Tosilos, retomados brevemente antes de la conclusión, sino un cabo deliberadamente suelto, y fue la intromisión de Avellaneda lo que lo convirtió en algo distinto³¹. A su vez, la historia de Ana y don Gaspar tiene menos valor considerada aisladamente que como parte de

29. Para el disfraz en el teatro de Cervantes puede verse González (1998).

30. La prueba más conocida de ello es, en la Primera parte, la errónea interpolación del robo y recuperación del asno de Sancho: véase Flores (1980) y muy en especial Rico (2012: 69-100).

31. Porque Cervantes, desde luego, no anuda todos los hilos narrativos que produce. Piénsese, por ejemplo, en el último episodio de la ronda de noche del gobernador Sancho (II, 49), la historia de la chiquillada nocturna de la muchacha vestida de hombre, “hermosa como mil perlas” (p. 1124), de la que quedará prendado en el acto el maestresala, quien se propone “luego otro día pedírsela por mujer a su padre” (p. 1129). La historia no se resuelve y parece tener sus puntas de misterio, o al menos sus posibilidades de continuación, pero en vano la buscaremos en lo que queda de novela.

la estructura más dilatada a la que pertenece³². Su brevedad e incompleción obedecen a razones externas, de ritmo de escritura, y también internas, en un intento por parte del autor de mantenerse fiel a la declaración, formulada en el capítulo 44, de no incluir «novelas sueltas» en la Segunda parte, a lo que el relato de corte bizantino se prestaba sin dudas (como se presta la historia de Claudia Jerónima, contenida en los límites del episodio de Roque Guinart, en II, 60). La unidad en la variedad es cuestión que sigue preocupando a Cervantes incluso cuando tiene que escribir –presumiblemente– a marchas forzadas y no le queda otra solución que echar mano de repertorio.

CAMINO DE LA ALDEA (II, 71-73)

Hay una cuarta secuencia sobre la que quiero llamar la atención, ya en el último tramo de la novela, justo antes de que los protagonistas alcancen a regresar a su aldea. El elemento que despierta sospechas es el nexos sintáctico entre el final del capítulo 72 y el inicio del 73: el primero termina «Con esto, bajaron de la cuesta y se fueron a su pueblo», y el segundo empieza «A la entrada del cual...» (p. 1322), de manera que el antecedente de *cual* no puede ser *aldea* (palabra que aparece en el epígrafe del capítulo), sino el *pueblo* del capítulo anterior. No existe otro caso así en la Segunda parte, pero hay alguno, y bien revelador, en la Primera: allí el fenómeno se produce entre los capítulos 3-4 («...le dejó ir a la buen hora. / La del alba sería...», pp. 66-67) y 5-6 («...se vino a casa de don Quijote. / El cual aún todavía dormía», pp. 82-83), y se ha considerado la prueba –una de las pruebas– de que en un estado de redacción anterior a la *princeps* los primeros capítulos integraban un *continuum* textual sin divisiones. ¿Deberíamos darle otra explicación al caso de II, 73, puesto que nos hallamos en una novela distinta? ¿Una agudeza cervantina, algo así como una parodia de sus propios usos de diez años atrás, usos que, además, no fueron deliberados? Parece difícil de admitir. Lo más sencillo, y lo más probable, es que se repita aquí un fenómeno ya acreditado, y que lo que la trabazón sintáctica indica es que hubo un momento, antes de que la Segunda parte adquiriese su fisonomía definitiva, en que los dos capítulos conformaban un solo segmento textual, sin solución de continuidad.

Hasta donde nos es dado saber, en Cervantes la segmentación en capítulos y la redacción de los títulos no siempre se produjeron a la par que la obra crecía, sino que podía, sobre todo este segundo aspecto, dejarlos para fases ulteriores, incluso finales. El primer fenómeno se documenta en el *Quijote* de 1605, cuyo texto Cervantes no divide en unidades hasta haber alcanzado, más o menos, el actual capítulo 18, y cuyas contradicciones entre algunas

32. Véanse las interesantes reflexiones de Neuschäfer (1998), quien sin embargo no entra a considerar la posibilidad que aquí defendemos.

rúbricas y el contenido de los capítulos se explican por movimientos internos de secciones³³. El segundo puede apreciarse en el *Persiles*, que carece de muchos de los títulos de los capítulos (sobre todo en los libros III y IV) porque a Cervantes no le llegó la vida para escribirlos³⁴. Volviendo a nuestro caso, pocas dudas caben de que el epígrafe de II, 73 es posterior a la redacción del capítulo y de que división se ha introducido ahí para partir una secuencia que Cervantes concibió primero como una sola pieza. Presumo que la segmentación sobrevenida se debió a que la redacción inicial se engrosó posteriormente de tal modo que el conjunto desbordaba, por extensión o contenido, las dimensiones de un capítulo solo.

Basta con seguir la línea argumental del bloque que forman los capítulos 71 a 73 para apuntar una explicación. Caballero y escudero dejan atrás definitivamente el castillo de los Duques, donde han asistido a la resurrección de Altisidora. La parte fundamental de II, 71 se destina a referir los fingidos azotes que Sancho Panza se propina para desencantar a Dulcinea. Tras su supuesta penitencia, los protagonistas duermen al raso y llegan antes del mediodía a un mesón. Tal como había ocurrido con la venta de II, 59 —y la conexión me parece llamativa—, el narrador recalca que «por tal [mesón] le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza, que después que le vencieron con más juicio en todas las cosas discurría» (p. 1314). La insistencia en esta idea es, con alta probabilidad, una pulla contra el don Quijote alucinado de Avellaneda y una reivindicación cervantina de la transformación de su personaje³⁵. La escena sigue en el mesón, donde, tras contemplar unas pésimas pinturas sobre Elena y Dido, que dan pie a nuevos comentarios sobre el apócrifo, don Quijote pregunta a Sancho si querrá darse de azotes también esa noche. El escudero responde afirmativamente, pero su amo decide otra cosa: «Pues no ha de ser así, Sancho amigo [...], sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que a lo más tarde llegaremos allá después de mañana» (p. 1316). Sancho acata la decisión, aunque expresa su voluntad de dar fin cuanto antes a la serie de azotes. A principios del capítulo siguiente (II, 72), el narrador parece haber olvidado que los azotes se han pospuesto: «Todo aquel día esperando la noche estuvieron en aquel lugar y mesón don Quijote y Sancho, el uno para acabar

33. Stagg (1959), Pontón (2015: 1514-1515). Hay también algún fenómeno achacable al taller de impresión, como sucede con el capítulo 43 de la Primera parte, cuyo epígrafe falta en la *princeps* por un error en la cuenta del original y se subsana en la tabla; véase Flores (1979b).

34. Véase Rico (2013), que señala el probable modo como Cervantes iría marcando, en su original, el paso de un capítulo al siguiente: mediante cambio de párrafo. Los títulos se añadirían al margen en una fase posterior. Esta forma de proceder facilita, además, desplazar las separaciones entre capítulos o variar su número. En el *Persiles* también hay un ejemplo de continuidad sintáctica entre secciones: el capítulo 12 del libro tercero empieza con un “En el cual” que remite a la palabra “camino” con que se cierra el capítulo 11 (y véase asimismo I, 19).

35. Para otro aspecto de desenamorado de la caracterización del hidalgo cervantino frente al de Avellaneda —su condición de enamorado o desenamorado—, con una posible influencia en el capítulo 58, véase Montgomery (2010).

en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo» (p. 1317). Luego tiene lugar el encuentro con Álvaro Tarfe y, después de separarse de él, caballero y escudero pasan la última noche en un bosque, donde Sancho culmina la penitencia.

La contradicción en el episodio de los azotes podría no ser relevante,³⁶ pero hay que subrayar que coincide con una nueva irrupción de Avellaneda y con la probable división tardía en más capítulos de los inicialmente previstos. Fijémonos también en el texto de las tres rúbricas: «De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea» (II, 71), «De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea» (II, 72) y «De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia» (II, 73). Suenan como si se hubiesen redactado de un solo plumazo. Además, el título de 72, en el que aparece Tarfe, es correcto por los pelos, pues solo en las líneas finales amo y criado divisan efectivamente la aldea. Parece que estamos ante una materia que se expande y que hay que parcelar, y cuya división –al fin y al cabo, un detalle menor para el creador– no se establece con precisión ni con particular atención. Los indicios, sin ser concluyentes, se concentran en torno a un sospechoso: el episodio de Álvaro Tarfe. Se diría que cuando ya estaba redactado el pasaje del regreso a casa de los protagonistas, Cervantes lo revisó e insertó en él su última y más genial impugnación de Avellaneda. Esa injerencia implicó retoques; el más notorio, dividir el texto en más capítulos; acaso también una reubicación de la última tanda de azotes de Sancho. Y ello produjo desajustes³⁷.

QUÉ, DÓNDE, POR QUÉ, CUÁNDO

Es tiempo de recolectar los datos obtenidos en el escrutinio de estas cuatro secciones de la obra y apuntar algunas ideas conclusivas. La más obvia es que podemos estar seguros de que Cervantes llevó a cabo ciertos cambios en el texto de la Segunda parte del *Quijote*, consistentes en el desplazamiento y sobre todo la adición de pasajes. Son cambios de dimensión modesta, realizados en una obra cuya concepción estaba bien definida de partida y que se mantuvo más o menos fiel al designio inicial, a pesar de las dificultades sobrevenidas. Sabemos que la manera de escribir de Cervantes no es exactamente lineal, sino secuencial, y este proceder tolera bien, dentro de un orden, las rectificaciones,

36. Algunas justificaciones, no muy convincentes, en la edición de Gaos (*Quijote*, t. II, p. 1007, n. 5a).

37. Clemencín (*Quijote*, t. 6, p. 422) señala, con muy buen ojo, que la indicación con la que se abre el capítulo 72 (“Todo aquel día esperando la noche estuvieron en aquel lugar y mesón”) no es cierta: caballero y escudero permanecen en el mesón solo una parte de la jornada, porque después de comer con Álvaro Tarfe parten del lugar y siguen su camino, sin esperar a que anochezca. Aquello que desmiente la frase inicial del capítulo es, precisamente, el episodio con Tarfe. Resulta tentador interpretar esta inconsistencia como una señal más de la hipotética ampliación.

interpolaciones y permutaciones. Más que en una revisión sistemática de la obra parece que debemos pensar en intervenciones durante la fase final de redacción o una vez concluida esta, intervenciones que se habrían realizado las más de las veces sin reparar demasiado en la precisión del encaje, de acuerdo con una forma de proceder que reconocemos como netamente cervantina; de ahí las suturas textuales que han quedado en varios pasajes. Ligado a este aspecto, pero en un plano metodológico, constatamos que los datos conocidos sobre la composición y revisión de la Primera parte son útiles a la hora de escudriñar la Segunda. A falta de pruebas irrefutables, constituyen un importante antecedente para contrastar indicios y reforzar hipótesis.

Hemos visto también que los episodios en los que de forma menos discutible se detectan huellas de zurcido (los capítulos 58-59 y 71-73) están ligados a la irrupción narrativa de la novela de Avellaneda. También lo está el imperfecto gozne entre las historias de Ricote y Ana Félix, aunque obedezca a otra pauta constructiva. El *Segundo tomo* afectó, claro, a la redacción de la novela. Vemos como Cervantes, para impugnar a su impugnador, cambia el rumbo de sus personajes y añade, ya en la revisión, algunos episodios (el de las uñas de vaca, el de Álvaro Tarfe, quién sabe si el de la Arcadia fingida). Que esa perturbación, como un acontecimiento sísmico en el registro geológico, haya dejado marcas ostensibles en una zona muy específica del texto es un argumento a favor de que la lectura de Avellaneda por parte de Cervantes tuvo lugar cuando *El ingenioso caballero* avanzaba a buen ritmo hacia el trecho final de su historia.

En otro tiempo quizá no habría sido necesario detenerse en este asunto, dándolo por asumido, pero una parte del cervantismo reciente (aunque la idea, con matices, puede remontarse a Ramón Menéndez Pidal) defiende la hipótesis de que el alcaláino habría conocido la novela rival bastante antes del momento en que la cita por primera vez, e incluso podría haber tenido acceso a ella, en forma manuscrita, antes de ponerse a escribir su propia continuación³⁸. Sin embargo, ante las suturas de los capítulos 58 y 59, ¿cómo no pensar que se vio obligado a retocar su texto, dejando las huellas que dejó, porque decidió *sobre la marcha* introducir el libro de Avellaneda? Las discrepancias entre las dos partes de la historia de Ricote ¿cómo se explican si esta ha sido concebida de una vez y no es el resultado de un cambio motivado por nuevas circunstancias? La probable adjunción *in extremis* de Álvaro Tarfe ¿no parece una adición de última hora motivada por una obra que aún se está conociendo? Cervantes encaja el golpe y como es lógico, va reaccionando, de forma progresiva y creciente. Que no se nos escape el detalle de que el cambio de ruta de don Quijote no afecta en un primer momento a su propósito principal, que es el de participar en unas justas señaladas: es a eso a lo que lo anima don Jerónimo en la venta, y eso declara el hidalgo que pretende hacer («—Hará

38. Es la línea de análisis que ha desarrollado Martín Jiménez (2001, 2005, 2014), con importantes —y difícilmente asumibles— consecuencias, que no es cosa de tratar por extenso aquí.

muy bien [en no ir a Zaragoza] –dijo don Jerónimo–, y otras justas hay en Barcelona donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor. –Así lo pienso hacer –dijo don Quijote», p. 1218). Tomado en sentido estricto, este diálogo queda desmentido por los capítulos que seguirán, en los que no hay rastro de justas. Hay que pensar, así, que en ese punto incipiente de la reelaboración, Cervantes todavía se hacía fuerte en el plan original del torneo, solo que con un escenario distinto. El camino de Barcelona, con una nueva serie de referentes y opciones (el mundo de los bandoleros, una ciudad cortesana y activa en la que abundan imprentas, la marina, sus galeras y el horizonte mediterráneo), le brindó una variedad de asuntos que lo alejaron de ese propósito. Y también tuvo que influir en ello la declarada voluntad de distinguirse de Avellaneda en todo lo posible: competir en la diferencia, no en la imitación³⁹.

De todas formas, también cabe introducir un matiz a la perspectiva tradicional sobre este asunto. Lo que se ha venido sosteniendo es que Cervantes, cuando tuvo conocimiento de Avellaneda, habría llegado en su redacción hasta el lugar en que lo aduce, o poco más. En otras palabras: su reacción a la agresión literaria habría sido inmediata, hilvanando la novela rival al tejido narrativo que en ese preciso momento le ocupaba, en torno a II, 59. Pudo haber ocurrido así, pero no es la hipótesis más verosímil, porque pide un azar demasiado favorable. No perdamos de vista que el lugar en que emerge Avellaneda es estratégico, en un remanso tras los variados episodios en casa de los Duques y camino de la última sección de la novela, que debería haberse desarrollado en Zaragoza. Es el momento perfecto para que se produzca el «accidente» del apócrifo, y nunca la mala suerte habría sido tan oportuna. Conviene, pues, barajar la hipótesis de que Cervantes hubiese escrito una porción significativa de texto más allá del capítulo 59, y de que, sorprendido por su rival y decidido a introducirlo en la novela (y, lo que es más importante, a esquivar Zaragoza y dirigir a sus protagonistas hacia Barcelona), hubiese retrocedido hasta el primer punto en que podía engarzar la nueva continuación, desandando una cantidad de camino y desechando una cantidad de material difícil de determinar, para reanudar la trama con otra dirección y un nuevo elemento temático⁴⁰. Las apariciones de ese nuevo elemento, el libro de Avellaneda, probablemente no las concibe de una sola vez (también está ideando las nuevas situaciones que constituyen los capítulos barceloneses), sino que algunas las va introduciendo durante la redacción y otras cuando ya ha culminado la novela, para hacer más numerosos e incisivos sus ataques. De ser este el orden de los hechos, nada

39. El prólogo a la Segunda parte muestra “toda una poética contra el plagio inadmisibile y un desprecio olímpico hacia quien lo comete”, como ha recordado Egido (2013: 31). Algún otro argumento sobre el particular en Pontón (2015: 1534-1535).

40. Nada impide tampoco, como ha apuntado Martín Morán (2009: 202, n. 138), que Cervantes hubiese leído a Avellaneda antes de alcanzar el capítulo 59 y hubiese esperado hasta acabar las aventuras con los Duques para dar entrada al libro rival. Con todo, parece poco probable que no hubiese aprovechado las múltiples posibilidades de introducir al apócrifo que le brindaba el universo burlesco y paródico del castillo de los Duques y la insula Barataria.

impediría que Cervantes hubiese introducido alguna referencia –lógicamente velada– a Avellaneda en secciones anteriores al capítulo 59, aunque todas las seguras se concentran en los quince capítulos finales.

Consideremos, por último, las cuestiones materiales. ¿Cuándo pudo Cervantes haber revisado su novela y de qué tiempo habría dispuesto para ello? Apenas si contamos con lo mínimo para aventurar una cronología del proceso de redacción. En el prólogo a las *Ejemplares*, de hacia julio de 1613 (la dedicatoria al conde de Lemos, compuesta después del prefacio, es del día 14), Cervantes promete a sus lectores que verán «con brevedad» las nuevas aventuras de don Quijote y Sancho. El libro estaba en marcha, aunque no haya que deducir de esta mención que estuviese adelantado: también promete el *Persiles*, al que le quedaba mucho trecho, y las *Semanas del Jardín*, de las que nada se sabrá jamás. La carta que Sancho escribe a su mujer en II, 36 está fechada a 20 de julio de 1614, y la del Duque a Sancho (en II, 47) a 16 de agosto, sin que se indique el año. Once capítulos en un solo mes, si atribuimos a ambas fechas correspondencia con el proceso de redacción. Y si realizamos una extrapolación –de dudosa precisión, huelga decirlo– a partir de este dato, vemos que Cervantes, de haber sostenido ese magnífico ritmo de escritura, podría haberse situado en el capítulo 58 a mediados de septiembre. El hecho de que la novela no se entregara al Consejo para los trámites legales hasta febrero de 1615 (el preliminar con fecha más temprana, la aprobación de Márquez Torres, es del 27 de ese mes) invita a pensar que necesitó algún tiempo para encajar el golpe, concebir un nuevo plan y retocar el conjunto. No le sobrarían los días, pero fueron los suficientes para escribir los nuevos capítulos e introducir aquí y allá algunas modificaciones⁴¹. Lo más probable es que, después de entregado al Consejo para su aprobación, se olvidara del *Ingenioso caballero* y siguiera su carrera contra el reloj, empeñado como estaba en la redacción del *Persiles* y en preparar para la imprenta las *Ocho comedias y ocho entremeses*, por no mencionar los otros proyectos que anunciaba y que no pudo acometer. En el año que le quedaba de vida vio satisfecho el deseo de ofrecer la mejor continuación de su *Quijote* de la que era capaz, sorteados todos los obstáculos sobrevenidos y poniéndole a Avellaneda los puntos sobre las íes.

41. El lapso de casi siete meses que separa el privilegio real (30 de marzo de 1615) de la tasa y la fe de erratas (21 de octubre) excede con mucho el tiempo necesario para la impresión de un libro como la Segunda parte del *Quijote*. Según ha conjeturado recientemente O'Neill (2015), es muy posible que el *Ingenioso caballero* no empezara a componerse en el taller de María de Ribalde-Juan de la Cuesta hasta el mes de agosto. A lo largo de la primavera y parte del verano de 1615, el libro habría permanecido a la espera de su turno, con lo que Cervantes, si lo precisó, pudo disponer de un tiempo añadido para retoques. No parece que haya que pensar aquí en un proceder como el que Rico (2005) ha conjeturado para la Primera parte, consistente en entregar al Consejo un original en limpio para la aprobación y, mientras el proceso legal seguía su curso, realizar nuevas modificaciones en el original del autor e incorporar después esos cambios.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Blecua, Alberto (2010). «Introducción» a Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Espasa, pp. XIX-CXXX.
- Botello, Jesús (2010). «Barataria, un cruce de caminos: entre la oralidad y la escritura». *Anales Cervantinos*. XLII, pp. 131-146.
- Canavaggio, Jean (1977). *Cervantès dramaturge. Un théâtre à naître*. París: Presses Universitaires de France.
- Casasayas, José María (1998). «Lugares y tiempos en el *Quijote*», en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Instituto Cervantes (ed.) F. Rico (dir.). Barcelona: Crítica, vol. compl., pp. 911-933 (reimpreso con distinta paginación en las ediciones del Instituto Cervantes de 2004 y 2015).
- Cervantes, Miguel de (2015). *Comedias y tragedias*, Luis Gómez Canseco (dir.). Madrid: RAE.
- Cervantes, Miguel de (1833-1839). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Comentado por don Diego Clemencín. Madrid: E. Aguado, 6 vols.
- Cervantes, Miguel de (1987). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. V. Gaos (ed.). Madrid: Gredos, 3 vols.
- Cervantes, Miguel de (2015 [1605-1615]). *Don Quijote de la Mancha*, Instituto Cervantes (ed.). F. Rico (dir.). Madrid: Real Academia Española, 2 vols.
- Cervantes, Miguel de (2001). *Novelas ejemplares*. J. García López (ed.). Barcelona: Crítica.
- Cervantes, Miguel de (1997). *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. C. Romero Muñoz (ed.). Madrid: Cátedra.
- Chevalier, Maxime (1989). «Sancho Panza y la cultura escrita», en *Studies in Honor of Bruce W. Wardropper*. D. Fox, H. Sieber y R. Ter Horst (ed.). Newark: Juan de la Cuesta, pp. 67-73.
- Criado de Val, Manuel (1951-1952). «Estilística cervantina. Correcciones, interpolaciones y variantes en el *Rinconete y Cortadillo* y en *El celoso extremeño*». *Anales Cervantinos*. II, pp. 231-148.
- Egido, Aurora (2013). «Los hurtos del ingenio y la paternidad literaria en Miguel de Cervantes», *Parole Rubate*. 8 (2013), pp. 15-32.
- Fernández de Avellaneda, A. (2014). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Luis Gómez Canseco (ed.). Madrid: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles.
- Flores, Robert M. (1979a). «Cervantes at Work: The Writing of *Don Quixote*, Part I». *Journal of Hispanic Philology*. III, pp. 135-160.
- Flores, Robert M. (1979b). «El caso del epígrafe desaparecido: capítulo 43 de la edición príncipe de la Primera parte del *Quijote*». *Nueva Revista de Filología Hispánica*. XX-VIII, pp. 352-360.
- Flores, Robert M. (1980). «The Loss and Recovery of Sancho's Ass in *Don Quixote*, Part I». *Modern Language Review*. LXXV, pp. 301-310.
- Flores, Robert M. (1990). «More on the Compositors of the First Edition of *Don Quixote*, Part II». *Studies in Bibliography*. XLIII, pp. 272-285.
- García López, Jorge (2015). *Cervantes. La figura en el tapiz*. Barcelona: Pasado & Presente.
- González, Aurelio (1998). «El disfraz en las comedias cervantinas», en *Actas del Tercer Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. A. Bernat Vistarini (ed.). Palma de Mallorca: Universitat de les Illes Balears, pp. 583-589.
- Hartzenbusch, J. E. (2004 [1863]). *Las 1633 notas a la primera edición foto-tipográfica del «Quijote»*, texto preparado por E. Suárez Figaredo. (users.ipfw.edu/jehle/cervante/othertxts/1633Notas_de_Hartzenbusch.PDF)
- Koppen, E. (1990). «¿Hubo una primera versión del *Quijote*? Sobre una hipótesis de la filología cervantina», en *Thomas Mann y Don Quijote. Ensayos de literatura comparada*. Barcelona: Gedisa, pp. 159-181.

- Martín Jiménez, Alfonso (2001). *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte, una imitación recíproca*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- Martín Jiménez, Alfonso (2005). *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Martín Jiménez, Alfonso (2014). *Las dos segundas partes del «Quijote»*. Valladolid: Publicaciones de la Universidad.
- Martín Morán, José Manuel (1990). *El «Quijote» en ciernes: los descuidos de Cervantes y las fases de elaboración textual*. Turín: Dell' Orso.
- Martín Morán, José Manuel (2009). «La coherencia textual del *Quijote*», en *Cervantes y el «Quijote» hacia la novela moderna*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, pp. 189-224.
- Montgomery, J. H. (2010). “Did Cervantes Learn of Avellaneda’s *Quijote* Earlier Than Chapter 59 of Part Two?” *Cervantes*, XXX: 2, pp. 11-13.
- Murillo, Luis Andrés (1981). «El *Ur-Quijote*: nueva hipótesis». *Cervantes*. I, pp. 43-50.
- Neuschäfer, Hans-Jörg (1998). «Un episodio intercalado: el morisco Ricote y su hija Ana Félix (*Quijote* II, 54 y 63-66)», en ¿”¡Bon compañero, jura Di!”?: *El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*. C. Schmauser y M. Walter (ed.). Frankfurt-Madrid: Iberoamericana-Vervuert, pp. 63-69.
- O’Neill, J. (2015). “The Printing of the Second Part of *Don Quijote* and *Ocho comedias*: Evidence of a Late Change in Cervantes’s Attitude to Print and of Concurrent Production as Practised by both Author and Printers”. *The Library*. 16:1, pp. 3-23.
- Pontón, Gonzalo (2015). «Cómo se hace una novela: la composición del *Quijote*», en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Instituto Cervantes (ed.) Francisco Rico (dir). Madrid: Real Academia Española, vol. I, pp. 1507-1541.
- Rey Hazas, Antonio (1999). «Cervantes se reescribe: teatro y novelas ejemplares». *Criticón*, 76, pp. 119-164.
- Rico, Francisco (2005). *El texto del «Quijote»*. Barcelona: Destino.
- Rico, Francisco (2012). *Tiempos del «Quijote»*. Barcelona: Acantilado.
- Rico, Francisco (2013). «Remedios de imprenta: los dos capítulos séptimos del *Persiles*, II», en *Los textos de Cervantes*. D. Fernández Rodríguez (ed.). Madrid: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, pp. 109-118.
- Riley, E. C. (1988). «*Uñas de vaca o manos de ternera*: Cervantes and Avellaneda». *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*. Barcelona: Quaderns Crema, t. I, pp. 425-432.
- Romero Muñoz, C. (1998). «Animales inmundos y soeces (*Q.* II, 58-59 y 68)», *Rassegna Iberistica*. LXIII, pp. 3-24.
- Stagg, Geoffrey (1959). “Revision in *Don Quixote* Part I”. *Studies in Honour of I. González Llubera*. Frank Pierce (ed.). Oxford, pp. 347-366.
- Stagg, Geoffrey (1984). “The Refracted Image: Porras and Cervantes”, *Cervantes*. IV, pp. 139-153.

Recibido: 23 de septiembre de 2015

Aceptado: 15 de abril de 2016